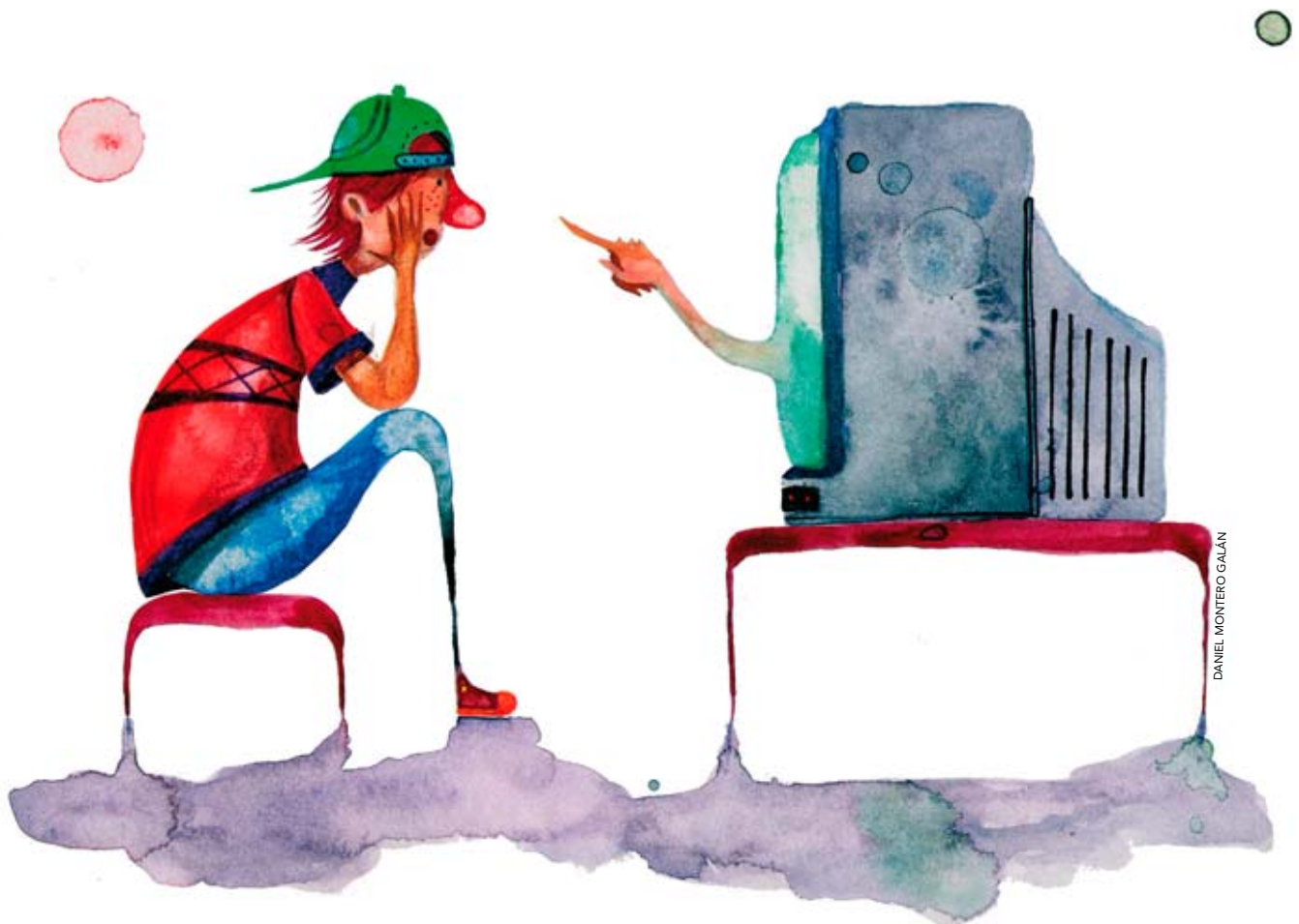


Retrato de dos modelos de familia



Para entender por qué niños y adolescentes ostentan cada día mayor relieve en sus familias, el artículo propone analizar las modalidades interactivas que se establecen en su seno. Y presenta dos tipos de núcleos: el hiperprotector, en el que los padres se ponen en el lugar de los hijos, para compensar su supuesta fragilidad; y el democrático-permisivo, en el que padres e hijos son amigos y, en consecuencia, desaparece la autoridad. Uno y otro modelo determinan también el tipo de relación que la familia establece con su entorno, en particular con la escuela.

En estos últimos tiempos, los problemas de los niños y de los adolescentes han adquirido en Europa tal importancia que a menudo son protagonistas de las crónicas de los diarios, de los escritos de estudiosos de los acontecimientos sociales y psicológicos, llegando a inspirar programas de televisión. La violencia protagonizada por adolescentes, los actos de acoso y los no menos importantes problemas de aprendizaje son casi los únicos

GIORJO NARDONNE Y MAURO BOLMIDA
Centro di Terapia Strategica (Italia).

temas que surgen cuando se oye hablar de niños y adolescentes. Sin embargo, a día de hoy, todas estas discusiones no han surtido efectos concretos. En realidad, no parece que hayan cambiado estos fenómenos, que pueden relacionarse con distintas formas de desviación, y, a pesar de la gran atención que se les presta, da la sensación de que están en continua expansión.

Una explicación del aumento de estos comportamientos podría atribuirse al efecto bumerán: dar publicidad a conductas desviadas aumenta la incidencia de las mismas, por una especie de emulación relacionada con la búsqueda de notoriedad. Hace unos años, en Italia, los niños consideraban ciertos delitos, por ejemplo, lanzar piedras desde los puentes de las autopistas, como una forma sencilla de aparecer en televisión para recibir algún tipo de atención mediática. Aunque, sin duda, estas motivaciones tienen cierta relevancia, parecen un poco simplistas para comprender un fenómeno tan vasto y ramificado.

Aparentemente, los comportamientos desviados de estos años contrastan con la posición social actual de los niños, que, con respecto a los de la generación precedente, ostentan hoy una mayor importancia en el seno de la familia. Quienes efectúan estudios de mercado tienen estratégicamente en cuenta sus opiniones, sus gustos y necesidades, hasta el punto de convertirse con frecuencia en el objetivo de la publicidad comercial que se difunde, en particular, por televisión, el medio que los jóvenes consideran más importante. En este sentido, parece que los niños y los adolescentes influyen mucho más que los padres en distintos temas familiares y que sus preferencias en cuestiones de alimentación, automóviles y lugares de vacaciones son determinantes en el proceso de decisión. Los hijos se sitúan al lado de los padres en la escala jerárquica familiar y esto ofrece muchas oportunidades de crecimiento y de desarrollo intelectual, disponen de muchísimos medios tecnológicos que favorecen su crecimiento: Internet, televisión, periódicos, etc. El control de las informaciones y la posibilidad de interacción con el mundo se han multiplicado en comparación con las generaciones precedentes, y esto es una fuente de riqueza y de posibilidades. La buena utilización de los medios de comunicación favorece el crecimiento cognitivo, y la posibilidad de leer y valorar opiniones diferentes con respecto a los acontecimientos de la actualidad y de las crónicas estimula el espíritu crítico y, con ello, la consecución de la autonomía personal.

De la hiperprotección al amiguismo

Vista esta posición de relieve en la familia, las posibilidades ofrecidas por la sociedad de hoy, los esfuerzos realizados por las familias y por muchos expertos del sector, nos preguntamos cómo no es posible invertir el fenómeno de la desviación juvenil, que está adquiriendo una relevancia cada vez más preocupante.

Para responder a este interrogante, tenemos a nuestra disposición diversas alternativas, como, por ejemplo, la aplicación a la edad evolutiva de distintos modelos psicológicos alternativos, estudios sobre la pedagogía moderna, interpretaciones sociológicas.

Aquí queremos seguir un análisis de las modalidades comunicativas e interactivas en el seno de las familias y, para ello, nos basamos en un trabajo llevado a cabo en el Centro di Terapia Breve Strategica de Arezzo, donde se han delineado las caracte-

terísticas de diversas tipologías familiares descritas en el libro *Modelli di famiglia* (Nardone y cols., 2001; la edición en español de este libro es de 2003 y es la que se referencia en este artículo). Entre los diversos modelos familiares propuestos, el hiperprotector y el democrático-permisivo son, hoy día, los modelos que parecen tener mayor difusión y relevancia, no sólo en el interior del núcleo familiar, sino también en las relaciones y en las comunicaciones entre la familia y el exterior, en particular con las instituciones sociales y la escuela.

Antes de centrarnos en la descripción de los dos modelos, es conveniente hacer una reflexión sobre algunos elementos que han llevado a la caracterización de los modelos familiares. El primer elemento fundamental atañe a la connotación del significado del término *problema*, que, desde un punto de vista estratégico, se considera como el conjunto de las interacciones disfuncionales que uno pone en marcha consigo mismo, con los demás y con el mundo. En otros términos, se interpreta que los *problemas* están relacionados siempre con la calidad de las relaciones entre los individuos. Otro elemento tiene que ver con el rechazo de una estructura fija de personalidad: se considera que toda persona estructura, de acuerdo con sus propias actitudes y relaciones, un sistema perceptivo reactivo que guía sus comportamientos con respecto al sistema relacional en el que esté incluido. Evidentemente, para los niños el ambiente relacional primero y significativo será la familia, en la que construirán las primeras interacciones importantes de su vida y en donde permanecerán durante mucho tiempo. En este lugar se formarán las principales características de la relación entre padres e hijos, relación que podrá caracterizarse por un exceso de complicidad o, al contrario, por un doloroso rechazo.

El modelo hiperprotector

“Cuando los padres se ponen en el lugar de los hijos considerados frágiles: profecía de inexorable cumplimiento” (Nardone y cols., 2003)

Las familias representativas de este modelo son las que están completamente absortas en la resolución de los problemas y en la satisfacción de cualesquiera deseos del hijo: ropa, teléfonos móviles, videojuegos, etc. Los padres retienen todo lo que sea demasiado gravoso para su hijo y, en consecuencia, se sienten necesariamente obligados a reemplazarlos; en este caso, el mensaje que llega al hijo es claro: “No te preocupes de nada; tus padres lo resolveremos todo”. De este modo, los adultos se sitúan como guías que, por encima de todo, desean el bien del hijo y, para obtenerlo, no dudan en ponerse en su lugar. Aunque no lo parezca, el hijo queda siempre en posición de inferioridad; en todo momento, los padres que prestan su ayuda al hijo le transmiten el mensaje de que no puede resolver autónomamente ningún problema y, pasado cierto tiempo, el chico empieza a comportarse como si esto fuese cierto; en una especie de “profecía de cumplimiento inexorable”, evita hacer todo lo que sus padres hacen por él. Los padres satisfacen constantemente los deseos del hijo sin recibir nada a cambio y, con el tiempo, crean a una persona que sólo sabe recibir, que pretende tener cada vez más sin hacer absolutamente nada. En este sentido, la hiperprotección parental determina el nacimiento de un egoísta incapaz de afrontar ninguna situación que le presente la vida.

Además, la inobservancia de las reglas no conlleva sanción alguna, salvo la comunicación: “Si te opones, harás sufrir a tu papá y a tu mamá”. Constantemente, los padres se sienten in-

capaces de realizar su "misión" y buscan por todos los medios nuevas fuentes de información para satisfacer de la mejor manera posible las necesidades del hijo; en estos casos, uno de los comportamientos más frecuentes consiste en las constantes preguntas dirigidas a los niños para saber cada vez más de su vida, con el resultado de no conseguir saber nada, sin darse cuenta de que la mejor manera de saber algo de un niño es no preguntarle nada y esperar que sea él quien diga lo que quiera cuando lo considere oportuno (evidentemente, esta modalidad no corresponde a estas familias).

El mensaje que transmiten los padres hiperprotectores mediante este modelo es doble; el primero, más explícito; el segundo, más sutil y devastador:

- A través de tus padres puedes tener todo lo que desees, con independencia de lo que hagas o de los resultados que obtengas.

- Eres un incapaz que, sin la familia, no puedes conseguir nada en la vida.

El modelo democrático-permisivo

"Padres e hijos son amigos: falta de autoridad" (Nardone y cols., 2003)

Las familias que adoptan este modelo se caracterizan por la constante y continua discusión entre todos los miembros del núcleo de todas las cuestiones relativas a la dirección de la familia. Las opiniones de los padres y de los hijos son equivalentes: todos se sientan a la misma mesa para determinar las reglas de la vida familiar. Esta forma de democracia impone que se valoren conjuntamente también las reglas y las sanciones y, en estos casos, se puede apreciar cómo, en el seno de la familia, se produce un clamoroso cambio de dirección: los hijos, llevados a la mesa de las decisiones para satisfacer la necesidad de democracia de los padres, se convierten en perfectos tiranos.

Los padres de este tipo, que consideran la paz familiar como el objetivo supremo que alcanzar, cederán a cualquier petición de los hijos, las reglas cambiarán constantemente para satisfacer las necesidades siempre crecientes de los niños, que no tendrán límite alguno.

Merced a algunas formas de violencia, que pueden traducirse también incluso en agresiones físicas contra los padres, los hijos ejercen una tiranía que les permite obtener todo lo que quieran. Paradójicamente, las familias democráticas se convierten en sistemas gobernados por un régimen totalitario y autoritario en el que los hijos controlan completamente todas las decisiones familiares. Una democracia debería tener como requisito primero y fundamental el respeto de las reglas y la puesta en práctica de la voluntad de la mayoría; en cambio, en estos núcleos, las leyes cambian constantemente y vence casi siempre la voluntad de la minoría.

En los dos modelos que hemos presentado brevemente, el objetivo que se persigue es la paz familiar, obtenida, en el caso del modelo hiperprotector, dando todos los privilegios a cambio de no tener oposición y, en el democrático-permisivo, evitando los conflictos, cambiando continuamente las reglas según la conveniencia del más fuerte, que en este caso casi siempre es el hijo.

Ambos modelos tienen en común la absoluta falta de deberes de los hijos; de una u otra manera, los padres responden siempre afirmativamente a las peticiones de los hijos. Esta tendencia a darlo todo incondicionalmente sin recibir nada a cambio impide el desarrollo del sentido de la realidad y de la capacidad de soportar cualquier clase de frustración. Con la intención de no hacer sufrir a los hijos, sometiéndolos a los pequeños fracasos y a las dificultades típicas de la juventud, estos padres crían a unos individuos incapaces de resolver ninguna situación problemática. En algunos casos, el incompleto desarrollo del sentido de la realidad provoca déficit emotivos, relacionados en particular con la intolerancia al estrés y con la incapacidad de establecer relaciones sentimentales.

El inicio de la escuela para los niños y los adolescentes procedentes de familias que adoptan los modelos antes descritos se transforma en un choque con una realidad diferente e intolerable que viola las "reglas" familiares. De repente, se encuentran en un lugar en el que los privilegios hay que conquistarlos y no son gratuitos, y en el que los adultos valoran, ponen reglas, exigen sacrificios, etc.

La escuela utiliza un método educativo que no puede parangonarse con el de las familias hiperprotectoras y democrático-permisivas; los niños se encuentran ex-



puestos a toda una serie de situaciones desconocidas para ellos que generan estrés y conflictos, seguidos a menudo por dificultades de aprendizaje y, a veces, de comportamientos violentos, sea con respecto a los compañeros o contra los enseñantes. En este sentido, la escuela trata de intervenir con los medios que tiene a su disposición: advertencias, sanciones escolares, castigos y, en los casos más "graves", recurriendo a la ayuda de un especialista. La familia, sin querer poner en tela de juicio los métodos educativos, probablemente por miedo a que la juzguen inadecuada, inicia una batalla para proteger al hijo que, en realidad, es una forma de defensa de sí misma y de sus modelos educativos.

Como de costumbre, los padres hiperprotectores reemplazarán a los hijos, proponiendo ayudas, clases particulares para ayudarlos en los estudios u otros expedientes para que consigan los resultados excelentes que se consideran justos, y al no obtener unos resultados apreciables, pensarán que los enseñantes son incapaces, absolviendo una vez más a los hijos de toda responsabilidad.

Los padres democrático-permisivos criticarán más rápida y abiertamente las metodologías escolares de atribución de méritos en la medida en que no respetan sus ideas "democráticas", y se enfrentarán directamente con los enseñantes que, a su modo de ver, serán, evidentemente, demasiado autoritarios.

Por tanto, los enseñantes se encuentran sin aliados: la escuela, que no prevé sanciones y no los protege de las críticas de los padres; las familias, que pretenden para sus hijos lo que éstos no merecen. Esta situación acaba siendo mucho peor cuando implica también los aspectos comportamentales y no sólo los didácticos: la familia minimizará las posibles conductas violentas y la escuela no podrá castigarlas. Esta impunidad, que en estos últimos años se ha convertido casi en un credo dogmático, no pone freno a los comportamientos inadecuados de los niños, sino que, por el contrario, parece favorecer el mantenimiento y la aparición de nuevas situaciones problemáticas.

Contemplando la situación desde este punto de vista, podemos empezar a responder a la pregunta que planteamos al principio: ¿cómo es posible que, a pesar de tantos esfuerzos propagandísticos y preventivos, no se consiga poner coto a las dificultades de aprendizaje y a los comportamientos desviados de los niños y de los adolescentes? De acuerdo con el esquema de los modelos familiares propuestos y de las consecuencias que producen, podríamos buscar una respuesta en la conciencia de los niños de no tener que padecer ningún castigo por sus actos. Es más, se percibe una constante complicidad de los padres, que, aunque conozcan los comportamientos desviados de sus hijos, no ponen en práctica unas contramedidas adecuadas. Pasado cierto tiempo, este clima de "impunidad" y la complicidad entre niños y padres se convertirán en la constante que impida la construcción del concepto de responsabilidad, sobre la base del sentido de la realidad. Los niños saben muy bien lo que hacen cuando transgreden las reglas: "Estoy haciendo algo que no debo, pero también sé que no tendré ningún castigo, ninguna responsabilidad". La conciencia de las propias acciones y la evidente incapacidad de los padres de ponerles coto no sólo provocan el incremento de las acciones desviadas, sino también la descalificación de los padres, a quienes los hijos consideran incapaces.

Los padres, que en los años sesenta y setenta se dedicaban principalmente a actividades sociales y culturales, han sido re-

emplazados por padres y madres muy ocupados en su trabajo, pero, al mismo tiempo también, muy preocupados por la imagen de la propia familia que se proyecta al exterior. Esta nueva preocupación lleva a los padres a ocuparse en exceso de los elementos aparentes, como la ropa y los aparatos tecnológicos, distanciándose cada vez más de la realidad de la vida de los hijos. Preservar la imagen familiar como prioridad llevará a los padres a defender a sus hijos en cualquier situación, aunque estén seguros de su responsabilidad. Así, los padres transmitirán mensajes diversos, muy disfuncionales:

- Te defiendo porque tienes razón: premiando directamente los comportamientos disfuncionales, negando la misma existencia de las reglas.

- Te defiendo porque no eres tú el responsable, sino tus compañeros: los padres reconocen las reglas, pero, atribuyendo las conductas disfuncionales a terceras personas, preservan a su hijo de todo tipo de responsabilidad.

- Te defiendo porque tus enseñantes son demasiado severos y no te comprenden, son incapaces, etc.: se descalifica, en primer lugar, a los enseñantes y, a continuación, a la escuela como institución y a la sociedad en su conjunto, con la consecuencia de que los niños se perciban como víctimas de una entidad injusta que no puede dictarles ninguna regla.

La gran diferencia que se observa de algunas generaciones para acá estriba en la relación entre los padres y las instituciones: en años pasados, la escuela era un límite para los modelos familiares disfuncionales; aunque con dificultades, los padres respetaban las directrices de los enseñantes. En la actualidad, salvo raras excepciones, lo más corriente es el estallido de un conflicto entre la familia, por una parte, y los enseñantes y la escuela, por otra. Este conflicto entre la familia y las instituciones hace que, para los niños, no haya límites, pero la escuela se convierte también en un elemento que queda privado del poder normativo y educativo, con lo que pierde su prestigio.

Al estallar el conflicto entre padres y escuela, los niños quedan, en un primer momento, absolutamente desconcertados por las discrepancias entre el modelo familiar y el escolar, salvo que se adapten rápidamente, aprovechando todas las ventajas que pueda ofrecerles la situación. De este modo, la escuela se convierte en un lugar absolutamente privado de las que deberían ser sus funciones educativas, vaciada completamente del papel que debería representar, junto con la familia, de guía del niño y del adolescente en su paso de la familia a la sociedad moderna.

A los niños, esta situación carente de límites les parece, en un primer momento, muy agradable, al estar así autorizados a hacer lo que quieran, pero cuando por la fuerza de las cosas se encuentran en situaciones en las que han de hacer frente a un problema, resulta disfuncional. Cuando llega el momento en el que necesitan un consejo o una directriz, los chicos se sienten completamente solos: con su conducta, los padres no han establecido una relación de prestigio y las mismas familias han descalificado a los enseñantes. En algunas investigaciones se ha observado que los mismos chicos defienden lo que sus padres consideran inadecuado para hacer frente a situaciones problemáticas, los juzgan débiles e incapaces de controlar las situaciones. La condescendencia, que era el punto central de los modelos antes descritos, se convierte en el motivo principal de desconfianza que los niños, ya mayores, sienten con respecto a su propia familia.



Los padres que, en un caso, han hiperprotegido a sus hijos y, en otro, con su espíritu democrático, han creado pequeños déspotas, se encuentran así impotentes, considerados indignos de confianza; se dan cuenta, sin embargo, de las necesidades de sus hijos, pero no pueden o no saben cómo intervenir. Cuando los familiares comprenden la disfuncionalidad del modelo adoptado, pueden llegar a cambiarlo, con muchas dificultades, pero es más frecuente que lo amplifiquen, tratando de satisfacer aún más las necesidades de los hijos mediante todo lo que puedan "comprar". La adquisición de bienes materiales o la disponibilidad de dinero se convierten así en la única relación entre padres e hijos, confirmando aún más la incapacidad de los adultos frente a los hijos.

Los hijos se encontrarán cada vez más solos y, sin la guía de la familia o de una institución, crearán su propia cultura, que, como describía lúcidamente William G. Golding en la célebre novela *El señor de las moscas*, de 1954, puede acabar siendo completamente diferente de la de los adultos. En otras palabras, no hay que extrañarse si, en el momento en el que exista la necesidad de una guía para un sano crecimiento, si ésta no llega, se estructuran valores diferentes, pertenecientes a una cultura juvenil que se construye y se reitera entre los iguales y que resulta casi totalmente incomprensible para quienes no forman parte del grupo.

Cuando los padres piden ayuda, lo más difícil es conseguir hacerlo de manera que se reconstruya una sana identidad parental, que se ha perdido o que quizá no existiera nunca. Es indispensable ofrecer a los padres, según sus necesidades, los instrumentos para que vuelvan a ser guías prestigiosos y, para alcanzar ese objetivo, habrá que explicar la necesidad de imponer límites y reglas que permitan a los hijos experimentar su autonomía dentro de un territorio predefinido. Cuando los padres hayan aprendido de nuevo a construir normas, se introducirá el concepto de los premios y los castigos, que serán proporcionados a lo que hagan los niños. En otras palabras, se guiará a los padres para que den a sus propios hijos sólo lo que éstos se merezcan, sean premios o castigos, readquiriendo así un cierto prestigio y, con ello, una identidad educativa.

Para el profesional que trabaja en estos ámbitos, la gran dificultad estriba en no descalificar lo que los padres hayan hecho hasta aquel momento, pues sería muy fácil decir: "Lo habéis hecho todo al revés; con vuestro hijo, tenéis que hacer...". En ese plan, los padres se opondrán rotundamente a la persona a la que han pedido ayuda, convenciéndose de que su conducta disfuncional era la única posible. El profesional, psicólogo o experto en educación, debe reforzar los elementos útiles en el seno de la familia, por ejemplo, el sentido del sacrificio o la búsqueda del bien para el hijo, con el fin de incluir pequeñas variaciones que, con el tiempo, puedan provocar cambios en el interior de las relaciones entre los miembros de la familia. Es imposible pedir directamente a un padre hiperprotector que no resuelva los problemas de su hijo, mientras que resulta mucho más fácil y funcional sugerirle que deje resolver todos los días una pequeña cuestión al hijo, para que crezca y se fortalezca. Proponer a un padre democrático y permisivo la visualización de la imagen de su hijo, ya adulto, en un puesto de trabajo con reglas, horarios, tareas, podrá ayudarlo a comprender que es necesario habitar al hijo a respetar las reglas, superando así la resistencia al cambio, propia de estas familias.

En el momento en que empiecen a abrirse caminos, las soluciones funcionales a los problemas que se han creado y mantenido al intentar resolverlos, estas familias estarán dispuestas a trabajar con más interés, hasta el restablecimiento de unas sanas jerarquías familiares, que serán el comienzo de un recorrido que debería llevar a la resolución de los mayores problemas en poco tiempo.

para saber más

- ▶ **Nardone, Giorjo y cols. (2003):** *Modelos de familia: conocer y resolver los problemas entre padres e hijos*. Barcelona: Herder (original en italiano en 2001).